

olvido, palpaba la ingratitud, se arrepentía. Regresó á recomendar á aquel desgraciado que rezara por él, lo ayudaría á bien morir, y considerando la suerte reservada á Matilde, que no cesaba de bailar ante los ojos, le dijo:

—Oiga usted, rece por dos niños que se han muerto!

El ciego movió los labios haciendo que sí con la cabeza, quién sabe si obedeciendo la orden ó censurando la extravagancia. Sardín se sintió bien, más tranquilo, como el que ha hecho sus disposiciones y se despide del notario; apretó el paso, y al poco rato se encontró en el principio de la calzada de la Reforma. La obscuridad de la noche se aumentaba allí por los árboles que cubrían con sus ramas á los focos de luz, prolongando las dimensiones, haciéndola interminable.

Los bancos de piedra y los desiertos pedestales, simulaban otras tantas manchas grises sobre un fondo negro, silencioso y lúgubre. Echó á andar por el centro, deteniéndose en ocasiones á tomar aliento y á enjugarse el sudor; sin embargo, la temperatura estaba fresca. Cerca ya de la plazoleta habitada por el monumento de Colón, tuvo miedo de la estatua, de los frailes que la acompañan, del jardincito que la defiende, de lo que él iba á cometer, y se detuvo jadeante, nervioso, deseando un auxilio inesperado en medio de tanta soledad, retardando el atentado para dar tiempo, á qué? á

todo y á nada, á que se abriera una de las casas que bordan el paseo y saliera cualquiera á impedirlo, todas están habitadas y habitadas por ricos, á que un guarda lo creyera robando plantas y lo llevara preso, á que surgiera una casualidad ó estallara un cataclismo.

Y se puso á escuchar con el oído atento; apenas si percibía el ladrar lejano de algún perro y el rumor imponente de la ciudad llevado en alas de los vientos.

Esperó así, inclinado, y nadie llegó; quién se preocupa de un pobre diablo que va á desaparecer? Le entristeció verse abandonado á su edad, y levantó la cara obedeciendo á esa necesidad que obliga á los que verdaderamente sufren á recurrir á la altura, en los momentos de crisis supremas, en busca de auxilios y consuelos, y la figura de Colón se destacaba precisa é inmóvil, sobre el marco nebuloso que le brindaba el firmamento; no le dió miedo entonces, al contrario, esa masa negra simpatizaba con su tormento, y como si adivinara el estado de su ánimo, con su diestra levantada, parecía indicarle el único refugio de los desheredados: el más allá!

Recordó al ciego acabado de ver, y hubiera jurado que el señor cura, aquel amigo de sus primeros años, pasaba á su lado plácido y risueño, reiterándole su recomendación: que fuera siempre bueno.

No quiso matarse ahí, al cabo le sobraba el lo-

cal; y se puso á correr para que no lo alcanzara el arrepentimiento.

Lo haría en la otra plazoleta, en la de Cuauhtemoch, era la más á propósito, más aislada, más solitaria; allí sí, que ni quien lo mirara, no á esa hora en que el paseo estaba tan abandonado como él, sino al otro día; trabajo les daba para que encontraran su cadáver; tendrían que buscarlo ex-profeso ó que encontrarlo por casualidad. De pronto surgió una claridad en que no había reparado, que le salía al camino como si hubiera estado acechándolo y quisiera ofrecerle su momentánea compañía; abriéndose paso trabajosamente por entre el follaje de los árboles, y saliendo por un balcón abierto y colgado de enredaderas y trepadoras, de una de las casas vecinas. Distinguíase, apoyada sobre el barandal, una sombra femenina en actitud meditabunda; tal vez esperaba á su novio que iba á llegar dentro de poco, anhelante y rendido, y ella contaba los minutos presa de la ansiedad que origina esa clase de citas. Sardín ni la envidió, para él todo había concluido. Al encontrarse en la segunda plazoleta quiso despedirse de Cuauhtemoch, como de Colón, enviándole una mirada curiosa, con la certidumbre de que eran las postreras. Algo le consoló el ademán viril que guarda el soberano azteca, erguido y amenazante, próximo á descargar un furibundo golpe á la inhumana ciudad. Al maldecirla, que eso era lo que estaba haciendo, defendía su cau-

sa, constituíase en su defensor y executor testamentario, lo vengaba. ¿Qué otra cosa podía legar sino un caudal de maldiciones? Eligió el sitio para ahogarse, y se sentó á la orilla de la acequia, tratando de profundizar en sus tinieblas, cuál sería el punto menos cenagoso, el que le brindara mayores garantías de rápida destrucción, indeciso y atemorizado, cuando aguzó el oído, lleno de recogimiento y de ternura.

Oíase un piano invisible mandar sus melodías por intervalos, según la dirección del aire, que las apagaba con brusquedad ó voluptuosamente las prolongaba.

Sardín, fuera de algunos trozos de música de zarzuela, no era muy fuerte en la materia, pero la que oía le hacía mucho bien, tenía lo suspenso y encantado. Indudablemente quien tocaba era la señorita del novio, y esa pieza tan linda era la contraseña. Cada arpegio quería decir que lo aguardaba, cada acorde significaba una esperanza, cada nota adelantaba una caricia!

Pensando en esto, lo sorprendió una nube de argumentos, convenciólo de que sería muy tonta su muerte, sus padecimientos ignorados, y su sacrificio desconocido; pero se acordó de Matilde prostituida, de su abandono, de su miseria, rechazó las tentaciones y víctima de un sacudimiento nervioso que le hacía perder la cabeza, exhaló su último adiós y sin embargo, no se tiró. Veía algo, sí,

no le cabía duda; aparecían en la calzada las linternas de un carruaje, oscilando suavemente y aumentando en sus dimensiones. Pretexto plausible para alargar su agonía; no le pareció decoroso suicidarse entonces; en cuanto el vehículo pasara ó se detuviera, sería otra cosa. En efecto, un coche avanzaba al pacífico trote de sus caballos, el cochero indolentemente apoyado en el pescante, dejando flotar las riendas, con el convencimiento de no acarrear peligros, y dibujándose los números de los faroles sobre la menuda arena del piso. Se ocultó Sardín, y cuando el coche estuvo enfrente de él, sólo un instante, escuchó partiendo de su interior, un murmullo de besos y de risas.

Por poco los silba; el granuja había adivinado el objeto del nocturno paseo.

—Todos somos lo mismo, dijo, y contra su voluntad, impelido por una fuerza extraña, cayó en el agua, que se abrió con un rumor sordo y fugaz para recibir al huésped voluntario; rumor al que contestaron, el del coche, que se perdía en las sombras y el del piano, que se perdía en el espacio!.....

VIII.

Al día siguiente, previa identificación del cadáver, que reposaba negro, ventrudo, desfigurado, en el fondo sucio de una camilla, el empleado que expedía la boleta para la inhumación, preguntó las generales del chiquillo.

La edad aproximada: quince años; la profesión reconocida: vender cerillos.

—¿Y dice Ud. que es suicidio? se informó por curiosidad.

—Así parece, respondió el agente de policía. ¿Quién podía interesarse en la muerte de un fosforero?

—Es verdad. Vaya, un pillo menos!—repuso al firmar.

Y esa fué la oración fúnebre de Sardín!!

FIN.

BIBLIKA ALFONZINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

d

